

*SALVEMOS LA COMUNICACIÓN. Aldea Global y cultura. Una defensa de los valores democráticos y la cohabitación mundial.*

Dominique Wolton.

Editorial Gedisa, Barcelona 2006.

202 páginas.

La distinción entre lo descriptivo y lo prescriptivo (o normativo) puede ser de gran utilidad para abordar la lectura y el comentario sobre este libro reciente de Dominique Wolton, seguramente la figura más relevante de la investigación francesa de las últimas décadas sobre los medios de comunicación y la comunicación en general. Autor de libros de obligado análisis como *El Elogio del Gran Público (1990)*, *Pensar la Comunicación (1997)* o *Después de Internet, ¿Qué? (1999)* Wolton es director de investigación del Centro Nacional de Investigación Francesa (CNRS) y fundador, en 1988, de la revista *Hermes*.

Adoptar una actitud descriptiva consiste en presentar lo que aparece a la observación tal como se nos presenta, renunciando temporalmente a una explicación de los hechos y a un eventual juicio sobre sus beneficios o perjuicios en el plano moral. Describir exige, pues, suspender las preferencias y opiniones personales y limitarse a reproducir lo que se ve, se aprecia o se observa. Aunque se han hecho muchos argumentos acerca de la eventual imposibilidad de una neutralidad tal –objetividad, puesto en otros términos- el hecho es que al menos es una práctica digna de ser intentada. Prescribir es, por el contrario, formular un juicio acerca de cómo las cosas debieran ser, dado el caso que resulten ser algo muy distinto de lo esperable, deseable o recomendable. Ser y deber-ser caracterizan, en consecuencia, al describir y el prescribir.

La historia de la literatura dedicada a la comunicación revela el peso de la tendencia a describir o explicar los fenómenos de la comunicación, antes de declarar si resultan ser humanamente satisfactorios, edificantes o lamentables. En ello, seguramente, pesa el objetivo de convertir a la investigación en comunicación en algo académica o científicamente respetable. Con todo, la palabra ‘comunicación’ contiene tanto el esfuerzo de establecer los hechos de la comunicación misma tal cual según ocurren, como el ideal de una interacción humana provechosa y espiritualmente significativa. Casos de ‘comunicación’ en el primer sentido son, por ejemplo y entre muchos otros, la hipótesis de usos y gratificaciones de la audiencia o la hipótesis de la agenda-setting; ejemplos de ‘comunicación’ en el segundo sentido son, entre otros, la noción de ‘espacio público’ en el sentido de Habermas o las ideas de ‘comunidad’ y ‘democracia’.

En el terreno que hace de interfaz entre ambas dimensiones, o de tierra de nadie, se mueve este libro de Dominique Wolton. Por ejemplo, en el prefacio Wolton sostiene: “La aldea global es, sin duda una realidad pero no reduce las desigualdades, ni las tiranías, ni la violencia, ni las mentiras. Los hombres matan y mienten, en la transparencia, como lo hacían antaño en la oscuridad y el secreto. La intolerancia y el ansia de poder crecen sin dificultad a la sombra de los satélites y de las redes...(…) Intentar comprender bajo *qué condiciones* los valores democráticos de la comunicación pueden, o no, imponerse a las técnicas omnipresentes. En otras palabras, ¿cómo

reconciliar la realidad técnica y económica de la comunicación con su dimensión social, cultural y política?...Lo esencial de la comunicación no son las técnicas, los usos o los mercados sino la capacidad de vincular herramientas cada vez más eficaces a valores democráticos”. (9, 10). Estos párrafos tienen un claro tenor normativo y contraponen la realidad de la globalización comunicacional con el ideal universal de la participación y la conformación de una comunidad integrada. Wolton llama la atención sobre el hecho de que los conceptos de libertad, igualdad, fraternidad y solidaridad -valores esenciales al pensamiento democrático- no se asocien ni aparezcan implicados en nuestra idea de la comunicación. En tal sentido, el ideal de la comunicación y la comunicación misma experimentan la máxima fragilidad, no obstante las notables plataformas materiales que la tecnología pone a nuestra disposición. Tal es, pues, el sentido del título de este libro de Wolton: *Salvemos la comunicación*. El autor se propone revalorizar una visión humanista y política de la comunicación.

Wolton propone la distinción entre las dimensiones normativas y funcionales de toda situación de comunicación, distinción que resulta claramente afín a la ya referida entre lo prescriptivo y lo descriptivo (que opera más eficientemente a la hora de caracterizar la disposición intelectual del que investiga). Lo normativo y lo funcional se asocian a lo que Wolton caracteriza como los dos sentidos del término ‘comunicación’: “El primero, el más antiguo (siglo XIV), vinculado a la dimensión normativa, significa “compartir”, “comulgar”, en la tradición judeocristiana. El segundo, a partir del siglo XVI, vinculado al progreso técnico, remite a la idea de transmisión y difusión” (p. 15). Sin lugar a dudas, se trata de la misma distinción formulada por James Carey, que separa comunicación como transmisión (o transporte) y comunicación como ritual, como interacción, introducida en su libro *Communication as culture: Essays on Media and Society* (1989). Introducida la distinción, Wolton no tiene rodeos para formular su tesis central: “Informar, expresarse o transmitir ya no alcanza para crear una comunicación” (p. 28).

En una dimensión particularmente interesante de su exposición, Wolton hace ver, además, que el término ‘comunicación’ ha sido monopolizado por la referencia a los medios de comunicación, subvalorando así la experiencia interpersonal y grupal de la comunicación. Esto le permite hablar de ‘despotismo mediático’, y referirse al ambiente profesional de los medios de comunicación como “el pequeño círculo de una elite autoproclamada” (p. 53). Por contraste, Wolton caracteriza a las audiencias como una entidad cada vez más heterogénea y más escéptica frente a los medios. Afirma: “Nunca se repetirá lo suficiente que este proceso de mediatización, cuando es caricaturesco, se convierte en un factor de rechazo de los medios y de la comunicación. Por lo demás, estos “reyes de la com” suponen que los públicos apoyan su comportamiento. Pero la audiencia está lejos de decirlo todo. La idea de una distancia irónica y crítica del público no se tiene demasiado en cuenta. Es cierto que el público es *voyerista*, que adora los escándalos y la moda, pero también que es más crítico de lo que se cree, más irónico frente a tanta vanidad. Es espectador, pero no ingenuo. Y cada vez lo es menos” (p. 53-54). Se trata de afirmaciones que en absoluto se aplican sólo a la realidad francesa sino que resultan cada vez más universales.

Asumiendo la caracterización de nuestra época como sociedad de la información, Wolton identifica algunas contradicciones fundamentales de este tipo de sociedad. De una parte, hay una contradicción económica, la que se manifiesta principalmente como defensa de la sociedad de la información es tanto símbolo de la libertad y, a la vez, una concentración industrial sin parangones. Una segunda contradicción dice relación con el hecho de que las nuevas tecnologías son más eficaces en materia de libertad individual

que en materia de cohesión social. Otra contradicción radica en el hecho de que demasiada información termina por matar a la información misma. Estas contradicciones alimentan la incomunicación y amenazan, en consecuencia, a la convivencia. De allí que Wolton sostenga que “comunicación, incomunicación y convivencia son los desafíos democráticos de este comienzo del siglo XXI” (p. 188).

El autor no tiene consejos prácticos específicos que proponer. Más bien, las tareas se infieren indirectamente a partir de las condiciones que, él argumenta, caracterizan a la comunicación: “un espacio simbólico para que las cosas puedan decirse con palabras y no con golpes; una situación de negociación y convivencia; y un acto de confianza respecto al otro” (p. 193).

Dispar en su densidad temática, variado y multifacético, con reiteraciones y énfasis, este libro de Dominique Wolton tiene un valor singular: propone combinar la celebración del valor de las nuevas tecnologías con una conciencia crítica aguda sobre los obstáculos que estas mismas plataformas implican para el ideal de la comunicación, que no es otro que el de la convivencia.

Edison Otero.